

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general salió de La Habana y pasó a la provincia de Yucatán”

p. 311-313

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

[CAPÍTULO CXXLI]

*De cómo el padre comisario general salió de La Habana
y pasó a la provincia de Yucatán*

Llegado el guardián de La Habana, como dicho es, llegó también pocos días después a aquel puerto una barca de Yucatán, con mercaderías de aquella tierra, y con cartas en que los frailes pedían de nuevo al padre comisario que fuese a aquella provincia; importunóle mucho el maestre de la barca que se fuese en ella con los frailes que quisiese, que él se ofrecía a que, mediante Dios, los pondría en Yucatán en muy pocos días; y viendo el padre comisario tan buena coyuntura, determinó de embarcarse en aquella barca que parecía buena y fuerte, demás de que el piloto era diestro y cursado en aquella carrera; y así, lunes por la mañana, cuatro de julio de ochenta y ocho, después de haber

JULIO
1588

dicho misa se embarcó, yéndole acompañando hasta el muelle de la aduana el gobernador de la isla y los oficiales reales, y otra mucha gente principal, con no pequeño sentimiento de que se fuese, porque le habían cobrado todos un amor extraño, y no quisieran carecer del pasto y comida espiritual que con sus sermones les daba. Allí se embarcó en una chalupa, la cual le llevó a la barca que le estaba aguardando a la boca del puerto; iba en su compañía su secretario y el predicador de la Puebla, y el guardián de Metepec, que por no obedecer a fray Pedro de San Sebastián, prelado intruso, había dejado su guardanía y pasado por tierra a Yucatán, y de allí por mar a La Habana. También iba un fraile lego del convento de La Habana, porque el otro de la Veracruz se había ya vuelto a su provincia por hallarse enfermo en aquella tierra; iban también en aquella barca otros dos frailes, un dominico y un mercedario, el uno para Guatemala y el otro para el Pirú, y iban otros muchos pasajeros, de suerte que, con los marineros, llevaba la barca treinta personas. Hízose luego a la vela con muy poco viento, salió del puerto y anduvo todo aquel día barloventeando con tan poca ganancia, que apenas anduvo dos leguas. Dio fondo el piloto, cuando se quería poner el sol, a la boca de un portezuelo, no se atreviendo a hacerse a la mar de miedo de las corrientes que por allí son grandes y muy impetuosas, y si no hay viento que las resista, acontece llevar los navíos y meterlos y desembocarlos por la canal de Bahama, camino de España, cosa muy rara y particular.

Martes cinco de julio tornó el piloto a hacerse a la vela dos horas antes del día, y por descuido del timonero que se durmió, se apartó tanto la barca de tierra que dio en las corrientes sobredichas, y aunque hacía un poco de viento contrario a ellas, pudieron ellas más, y así cuando amaneció se halló el piloto más atrás de donde la noche antes había surgido, y tuvo todo aquel día hartó que hacer en cobrar lo que en aquellas dos horas había perdido, tan recias son aquellas corrientes. Pero quiso Dios que, arrimándose otra vez a tierra, refrescó a la noche el viento, con que navegó la barca un gran trecho, y continuando su viaje el día siguiente seis de julio, navegando a la bolina (que aún no había viento en popa), descubrieron los de la barca, poco antes que el sol se pusiese, una vela algo apartada que caminaba la vuelta de La Habana. Púsolos un poco en cuidado porque parecía navío grande, y les tenía cogido el barlovento y era no muy lejos del cabo de San Antón, donde suelen los corsarios franceses estar escondidos y hacer sus presas, pero presto salieron deste temor y recelo, porque el navío se fue su camino y la barca prosiguió el suyo y aquella noche pasó el dicho cabo de San Antón, que es el fin de la isla de Cuba, por aquella parte, cincuenta leguas de La Habana.

Jueves siete de julio fue la barca atravesando el golfo que hay desde el dicho cabo hasta el de Cotoche, tierra firme de Yucatán, otras cincuenta leguas de travesía; sobrevinieron aquella noche algunos aguaceros, con que los de la barca se mojaron, y cuando amaneció el viernes, ocho del mismo, vieron tierra y tomaron sonda con mucho contento y alegría de todos. Pescaron muchos pargos, con que toda la gente consoló y recreó aquel día; y prosiguiendo su viaje con buen tiempo, yendo casi siempre tierra a tierra por una grande ensenada, fueron a surgir a las dos de la tarde muy cerca de la mesma tierra de Yucatán, junto a un edificio antiguo, llamado el *ku* de Chuacán, en que los indios antiguamente hacían sacrificio a los ídolos, el cual, por ser alto, se ve desde muy lejos y vanle a reconocer los pilotos de aquella carrera. Dado allí fondo, se despachó, a instancia del maestre, un español pasajero con cartas para el primer convento de aquella provincia, para que supiesen la llegada del padre comisario, y acudiesen al puerto, que aún estaba diez leguas del *ku* sobredicho; pero no hizo nada el mensajero, porque se perdió, y así llegó el padre comisario tan presto como él. Estando allí surtos cayeron cuatro o cinco aguaceros, uno tras otro, con un viento muy recio, y dejaron a todos los de la barca muy mojados, porque no había en toda ella dónde guarecerse sino en un toldillo pequeño, debajo del cual iba el padre comisario, y aun éste tenía tan mala cubierta que todo se llovía.

Sábado nueve de julio, después de haber tomado el **maestre** de la barca un poco de palo negro que tenía en la playa, el cual es bueno para teñir y se lleva a España, tornó a dar las **velas** al **viento**, y navegando costa a costa por aquella manera de ensenada, llegó, como a las dos de la tarde, al puerto de Holcobén, que por otro nombre se llama Río de Lagartos; llámase río porque, aunque es agua salada del mar, entra en la tierra a manera de río y da en ella muchas vueltas, haciendo muchas ensenadas, que a ser hondables hicieran un puerto maravilloso, pero por no serlo no pueden entrar en él navíos si no son pequeños, y éstos con trabajo, y llámase de Lagartos porque los hay allí, muchos y muy grandes. Tienen a la entrada deste puerto, por la parte de tierra firme, los españoles de aquella provincia, puesta una vela que le guarde y descubra los navíos, y dé aviso cuando llegare algún corsario francés o otro enemigo, y hay para esto hecha una torre de madera, y junto a la torre unas casas de paja, en que está la vela y algunos indios que le sirven. Quedóse la barca en que iba el padre comisario media legua larga desta torre, a la cual le llevó el maestre en la chalupa, guiándola por unas canales que él bien sabía; no halló allí a la vela, sino a dos o tres indios, despachóse luego el uno de ellos al primer pueblo, que está cinco leguas la tierra adentro, con una carta escrita en su lengua por el secretario del padre comisario, que la sabía, pidiéndoles recado para decir otro día misa, y bestias en qué poder ir hasta el primer convento; espantáronse los indios de ver la carta, cuando supieron que uno de los de la barca la había escrito, porque pensaban que venía de España, y admirábanse de que de allá viniese quien supiese su lengua y la escribiese. Luego otro día, domingo de mañana, diez de julio, llegó ornamento y todo recado al puerto, con que uno de los compañeros del padre comisario dijo misa, y él y los demás frailes y pasajeros la oyeron. A la tarde llegaron cabalgaduras, en que otro día el dicho padre comisario y sus frailes se partieron con el dominico y mercenario. Padedieron todas aquellas dos noches, en aquel rancho, grandísimo trabajo y tormento con unos mosquitos zancudos que no los dejaban dormir ni descansar, pero todo lo daban por bien empleado en haber llegado a tierra fija y firme, libres de los vaivenes de la barca y peligros del mar, esperando salir otro día de aquel puesto y entrar la tierra adentro, donde no hay semejantes animalejos. Pero antes de la partida será bien en este lugar decir algo de aquella provincia y de la gente que la habita, conventos y frailes y cosas de ella, para que, llevando sabido esto por delante, se entienda mejor lo que después se dijere.